

El Eclipse de la Humanidad

Luis Armando Aguilar Sahagún

La violencia está presente en nuestro mundo de tantas formas que se ha convertido en un tópico que puede nublar nuestra comprensión de la realidad. En su reciente visita a México, el Papa Francisco expresó que en nuestro país “ustedes también están viviendo su pedacito, su pedacito de “guerra” entre comillas, su pedacito de sufrimiento, de violencia, de tráfico organizado” (Entrevista 3/02/2016). “Violencia –añade el Papa- que incluye corrupción, guerra, niños que no pueden ir a la escuela por sus países en guerra, tráfico, fabricantes de armas que venden armas para que las guerras en el mundo puedan seguir”. Su intención al venir ha sido exhortar a los mexicanos a la “a la lucha de todos los días”. El mensajero de la paz nos ha recordado que “La paz es algo que hay que trabajar y pelear todos los días”. El combate es cotidiano, y nos ha dado ejemplo de las estrategias de ese combate con sus gestos de mansedumbre, entendimiento y de ternura.

Lo que hace feliz al hombre es una vida en armonía, paz y fraternidad: es una de esas grandes verdades que se nos imponen como principios irrefutables, al punto de que parecieran obvios. ¿Por qué, entonces, se instala en el ambiente todo lo contrario? ¿De dónde la fuerza con que la realidad logra imponerse de forma tan contrastante con ese anhelo? Se podrían señalar, como lo hace el filósofo Emmanuel Kant, la “torcedura” del árbol de la humanidad, últimamente arraigada en el “mal radical”, una propensión al mal que logra mayor peso en las determinaciones de la libre voluntad que, en virtud de la propia conciencia moral, advierte la exigencia imperativa de someterse a su ley de proceder siempre sobre la base del respeto a todos los hombres. Esta propensión, pensaba el filósofo alemán, encuentra su expresión en la desmesura que convierte las inclinaciones en pasiones: las inclinaciones a tener poder sobre los demás, que se sirve de honores, del mando y del dinero; el afán de honores, al que se asocia el orgullo, y el afán de poseer que abre a la avaricia. Una vez que estas inclinaciones se convierten en pasiones “no consienten cambio” (E. Kant, Antropología en sentido pragmático). En último término, en la preferencia por el amor propio por encima de la natural inclinación al amor generoso. Otros filósofos y moralistas han apuntado desde siempre, con razón, a la falta de dominio sobre las pasiones.

Podemos advertir otro factor. Pareciera que el problema de fondo consiste en que, a pesar del profundo anhelo que anida en el ser humano por vivir la paz, en realidad no se considera ni capaz ni digno de ella. Y que esa falta de credibilidad en sí mismo fuese la puerta por la que se abren los caminos de su propia degradación y autodestrucción. La visión del hombre como un ser degradado, en el fondo despreciable, es como un eclipse de la humanidad. Parece que nos hallamos atrapados en un auto-desprecio avasallador, por un extremo sentimiento de inferioridad. Abraham Joshua Heschel, uno de los grandes pensadores judíos del Siglo XX consideraba que, efectivamente, la tragedia de esa “insidiosa auto-denigración” radica en el cultivo de la duda acerca de si el hombre es digno de ser salvado. (*Who is man?*, 1976 p. 18). Heschel consideraba esta duda, que ha invadido el ambiente a nivel mundial, como una enorme difamación que puede traer consigo la ruina de todos. Una aniquilación moral que lleva al exterminio físico. “Si el hombre es despreciable ¿Por qué sentirse entonces molesto por la extinción de la especie humana?”, pregunta este pensador.

“El eclipse de la humanidad, la incapacidad de sentir nuestra relevancia espiritual, de sentir

nuestro estar involucrados en la tarea moral, es un terrible castigo”. Castigo que nos infringimos a nosotros mismos al no advertir la grandeza de nuestra vocación humana ni, mucho menos, su verdadera fuente. El hombre contemporáneo está espiritualmente aturdido, sin advertir el significado más hondo de lo que significa ser “alguien” y no “algo”.

En el orden teórico, esta falta de apreciación está ligada a lo inadecuado del marco de referencia que utilizamos para plantear la pregunta por el hombre. Concretamente, se refiere al de “naturaleza”. La pregunta por el hombre - en términos de lo que es - parte del prejuicio de la concepción de que es una especie de cosa. La pregunta correcta sería no qué es, sino quién es el hombre. Ésta pone de relieve la identificación de una persona o de las personas. Es claro que Heschel busca el contraste entre el pensamiento griego, en términos de “naturaleza” (physis) y el pensamiento bíblico, en el que el hombre siempre es alguien con nombre y rostro. “La pregunta bíblica es ¿Quién es el hombre como para que te acuerdes de él? ¿Qué es el hombre como para que hayas hecho tanto de él?”. El problema es así dar respuesta a la pregunta quién soy y quién es el otro.

Tanto en el orden teórico como en el práctico, es la humanidad del hombre lo que está en juego. También el mundo del pensamiento está expuesto a desesperar del ser humano y al regodeo en su degradación. Es necesario volver la mirada una y otra vez a lo que verdaderamente humaniza al hombre a fin de que la respuesta esté a la altura de lo que se pregunta...

“El ser humano exige ser humano...”. Lo humano está expuesto al caos y a la extinción. Lo que distingue espiritualmente al hombre de las otras creaturas puede quedar en el olvido. La deshumanización puede llegar a la aniquilación del ser humano. El significado de toda otra pregunta que podamos plantear depende de la respuesta que estemos dispuestos a dar a la pregunta por lo que cualifica a un ser para ser llamado ser humano.

Heschel nos invita a reconocer que la respuesta por lo que permanece del ser humano, el “ser del yo” es verdadera fuente de estupefacción. El hombre es, en verdad, una sorpresa inagotable. Resulta difícil dar nombre a esa profundidad y misterio del ser humano que ningún análisis puede captar. En ese esfuerzo, renuncia a una auto-comprensión última, que considera tan imposible como indeseable. Su reflexión, siempre en el horizonte bíblico, busca rescatar la exultación del misterio de la propia existencia: “¡Maravilla soy, hecho de forma maravillosa!” (Sal 139, 14). Misterio inagotable. En esa profundidad está anclada la existencia humana. Este sería el “marco” adecuado para comprender al hombre en su esencia, la sabiduría de una necesaria auto-conciencia que no siempre se ve reflejada en su comportamiento de hecho. Cuando una persona comienza a ponderar la realidad latente de su auto-comprensión, los rasgos del hombre humanizado se revelan como algo que no le es ajeno. La paradoja está en que son datos que no son simplemente dados a la conciencia, pero que no obstante pueden ser exigidos o esperados de él tan pronto como comienza el proceso de descubrimiento. Al ir descubriendo lo que significa ser “alguien”, persona, el hombre descubre que puede ser demandando, que algo de gran valor se espera de él, y que, en último término, quien lo demanda, es Alguien más que el mismo hombre: es Dios, su Creador. Es entonces cuando el hombre comienza a descubrir su carácter único, su capacidad de solidaridad, el valor inestimable de su vida y la de los demás, la santidad que se refleja en el mundo.

¿Quién soy? se convierte en una cuestión a la que resulta imposible dar respuesta satisfactoria sin relación con la demanda de actuar en justicia y rectitud. Demanda que es, en verdad, un

privilegio; el privilegio que la filosofía moderna descubrió como fuente de la dignidad humana (Kant) y que el hombre bíblico comprendió como la invitación a actuar en el mundo como “socio” del Dios que hizo todas las cosas. Es entonces cuando “la humanidad” comienza a cobrar significado, descubriéndola en los otros y en cada uno de nosotros.

¿Cómo comienza ese descubrimiento de ser demandado? La respuesta es en buena medida personal. Pero la reflexión, las prácticas religiosas y los signos de la presencia del Creador en el mundo tendrían que crear el clima en el que la pregunta pudiera ser planteada y cobrara sentido, reforzando de este modo la inquietud interior por levantar al hombre de su propia degradación que, en principio, cada persona es capaz de experimentar.

¿Podrán el delincuente y el asesino dejar de matar por matar cuando descubran quiénes son verdaderamente? ¿Querrán entonces convertirse en artesanos de la paz? ¿Convertirá el poderoso su afán de poder en voluntad de servicio? ¿Podrá comprenderse el rico como un administrador de los bienes de todos? ¿Podrá advertir que la capacidad de justicia, de paz, de ternura y de moderación de sus ambiciones nacen más profundamente de su ser que una vida que se entiende como voluntad de poder, de prestigio y de acumulación a cualquier precio? Quizá Heschel tenga razón: el eclipse de la humanidad es el embotamiento que impide plantear y responder correctamente las preguntas fundamentales.